

CRONICAS DE UN EXILIO

JACINTO PEREZ MERINO «PINILLA»

*«A ti, hermano Eduardo, cincuenta
años después de tu muerte (1).
Como un pajarito, según el decir
de las Hermanitas que te
atendieron.
Hoy, mi corazón está triste y
cansado»*

Canarias, 28 de mayo de 1987

Bayona era una ciudad tranquila en ese mes de septiembre de 1939. Allí llegué, junto con ex-pilotos y mecánicos de aviación, para trabajar en la «Breguet». Había sólo unas horas que habíamos salido del campo de Gurs, tras un examen técnico. Teníamos un contrato laboral e iguales condiciones que los trabajadores franceses, sólo existía una limitación: los desplazamientos por la zona. Habíamos encontrado una calma y una libertad que nos fue permitiendo el reencuentro con familiares desperdigados por territorio francés e internados en inhóspitos campos de concentración. No duró mucho ni nuestro trabajo ni la calma, ya que Francia se rindió ante Alemania.

Al hundimiento de L'Armée Française, mis compañeros de trabajo fueron reinternados, sin miramientos, en Gurs. Los ejecutivos de la «Breguet» temían las represalias de los alemanes. Yo me libré gracias a las informaciones suministradas por un trabajador francés y porque estaba en el turno de noche. Unos días de espera junto a mi madre y hermanas en una villa de campo, me permitieron plantearme los pasos a seguir. Como no sucedió nada, bajé a Bayona en bicicleta. En ese mismo momento estaba desatracando un buque con súbditos ingleses y pude ver al renteriano Paco Bueno agarrado a la borda y pisoteadas sus manos por un marino. El barco ya se había desprendido del muelle y todos los presentes miraban con incredulidad cómo en supremo esfuerzo, Paco se alzó y saltó dentro del barco, empujando al marino y a la abarrotada muchedumbre embarcada hacia Inglaterra. En los días siguientes a la liberación de Francia, pude estrechar sus manos y las de su hermano Pepe en el mismo Bayona. Paco poseía fuertes puños, que en la infancia mi hermano Valeriano había sufrido en su cara.

Desde mi llegada a Bayona, y junto con algunos compañeros de trabajo, me dirigía todos los domingos al Restaurant Gachy (2) en la Place St. André. Allí pude conocer a quienes en los difíciles años de la ocupación nazi fueron como de la familia. El restaurant estaba regentado por Mr. René Gachy y su esposa Faustina, oriunda de Irún y exiliada junto con sus padres y hermana desde la evacuación de dicha ciudad. A la llegada de los alemanes, me encontraba sin trabajo y con escasos medios para pagar la casa y los alimentos. Mi hermana y mi prima María se ofrecieron a tejer medias de lana para los soldados franceses prisioneros en Alemania; ésto nos permitía recibir unos cuantos francos. Vivimos en pleno campo, la primavera me permitía sembrar verduras y legumbres, y un caserío cercano nos permitía tomar leche fresca todos los

días. Mi madre se encontraba tan a gusto, que un día me confesó que si mi padre y mis hermanos estuvieran allí, ella no se movería de ese lugar. La realidad era que mi padre y mi hermano Valeriano habían sido liberados de prisión y se encontraban en Bilbao. Mis hermanos Tomás y Jesús vinieron a Bayona, desde Toulouse, y logramos pasar un verano más o menos aceptable. A finales de otoño, planteamos la vuelta a España de mi madre, mi hermana y mi prima. Jesús debía acompañarlas, ya que no podía temer nada por su edad. Jesús fue de los «niños de la guerra», evacuado hacia Inglaterra, meses más tarde enviado a Francia, y un día me lo encontré frente a la Delegación del Gobierno Vasco en Barcelona. Sus 15 años y su estatura me crearon desde entonces bastantes problemas con los militares, hasta llegar a la frontera de Le Perthus, tras la caída de la Ciudad Condal.

Me enrolé como voluntario en la Organización Todt. Junto con otros compañeros de la «Breguet» nos trasladaron a las costas de Lorient, en donde se estaban haciendo bases submarinas. Nos alojaron en un antiguo cuartel francés, junto con cientos de trabajadores de la Europa ocupada. Como voluntarios, teníamos privilegios negados a los forzados: Seguridad Social, sueldos vigentes a categorías, etc...

El invierno es duro en esta parte de la Bretaña francesa. Cuando llegó la primavera, nos concedieron diez días de vacaciones y me trasladé a Bayona. Mi hermano Tomás y otros se habían colocado en la Intendencia del suministro alemán, lo que les permitía hacer pequeños hurtos en la despensa. Al despedirme de él, le pedí que me encontrase un trabajo en Bayona ya que la situación en Lorient era cada vez más peligrosa por los constantes bombardeos que provenían de las costas inglesas. Solicité y se me concedió el turno de noche. Mientras sonaban las alarmas y duraban los bombardeos podía dormir en refugios a prueba de bombas y durante el día en barracas, sin huéspedes que molestasen. Con el tiempo, Lorient fue materialmente destruido. Me contaban los amigos F. Liquiniano y Casilda—de San Sebastián—que sólo se veía a los perros deambular en busca de alimento.

Me concedieron—gracias a mi hermano—una hoja de empleo en los astilleros próximos a la desembocadura del Adour. Estos astilleros estaban bajo control alemán y se dedicaban a arreglar pequeños barcos de guerra. Se unió a mi un polaco de las compañías de trabajos forzados, me pidió ayuda para soslayar los controles hasta Burdeos, donde dijo tener amigos, me entregó sus escasas pertenencias e incluso buena parte de sus francos, al mismo tiempo que una dirección por si nos perdíamos de vista. Solamente una vez le vi en el atiborrado tren y otra en un taxi. Me presenté a la dirección que me había entregado, siendo recibido por gentes, todas polacas, que recelaron de mi presencia hasta que de una habitación salió el aludido polaco.

Llegué a Burdeos, donde visité a unos pocos amigos y al día siguiente reemprendí viaje hacia Bayona. Trabajé en es-

tos astilleros seis años, llegando a tener un sueldo comparable al de los capataces de Les Chantiers de L'Adour. Mi suerte cambió. Mi hermano y yo vivíamos un exilio dorado, pese a momentos de incertidumbre. Estuvimos a punto de ser llevados al campo de exterminio de Buchenwald, ya que fue interceptada una lista de treinta personas que colaborábamos con la Cruz Roja Internacional. Mi hermano, Jesús Martí y yo nos libramos. Palomino murió en un bombardeo aliado al campo de exterminio, Dionisio del Pozo moría víctima de quebrantos de salud y era enterrado en Anglet con salvas militares.

Conseguimos una vivienda en los altos del Restaurant Gachy, vivienda que fue refugio de no pocos renterianos huidos del franquismo. Estos renterianos, tras unas gestiones con la Delegación Vasca, eran conducidos a unos aserraderos de las Landas hasta que conseguían documentación.

Un buen día, tras una corta estancia en Hendaya, tuvimos la alegría de abrazar a nuestro amigo Pedro Torralba. Pedro había cruzado el Bidasoa, después de haberse librado de un pelotón de fusilamiento en Cantabria. Durante la defensa de Irún, junto con otros renterianos (entre ellos V. Porres, que fue herido en un pulmón), pasaron a Hendaya y luego a Barcelona, para enrolarse en las columnas que iban a Aragón. Luego fueron a Santander, de ahí a Levante y luego a Hendaya.

A Pedro, alias «el francés», le instalamos en la vivienda y con la ayuda de la Delegación Vasca, pasó un tiempo en Cambo. Acosado por los alemanes, cruzó el Bidasoa para llegar a San Sebastián y desplazarse a África del Norte. Yo le acompañé hasta el apeadero de Hendaya y a la vuelta fui interrogado por un sargento alemán, el cual me permitió continuar mi camino.

El mayor de los Iglesias, que cruza la frontera poco antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, es preso y conducido a la fortaleza de Bayona. Uno de los hermanos Urisbea, miembro del servicio contra-espionaje, favorece su liberación.

Llegué al restaurant y lo primero que me dijo Faustina y su esposo René Gachy es que, momentos antes, había estado un alemán indagando por Pedro. Debía buscar una coartada y me dirigió donde vive una sobrina con la que tuve un romance amoroso y que al cumplir su mayoría de edad vino a Bayona y se instaló con nosotros. Era una joven muy bella, vivió desde su infancia en Indochina, en donde su padre era capitán de gendarmes. Al divorciarse sus padres, regresó con su progenitor. Supe por ella que, pese a su no mucha edad, ya había tenido otros amores; pero esto ya es para otro capítulo. Conseguí hablar esa noche con ella y que, ante una posible indagación, diga haber pasado el día en la playa conmigo.



Ex-combatientes vascos internados en el CAMPS DE GURS. Toca obra realizada con arcilla, primera en este sentido, lo que dio origen a que artistas de todas las nacionalidades compitieran entre sí para mostrar al mundo que no éramos los malhechores que la propaganda oficialista de la época difundía. El origen de este monumento nació en recuerdo a mi hermano Eduardo, herido mortalmente en el frente de Amurrio el 28 de Mayo de 1937.

Trabajo realizado por la sección de mutilados emplazamiento A (vascos).

Pasó la noche, y al día siguiente me dirigí a mi trabajo, regresé al atardecer y me comunicaron que arriba en las habitaciones se encontraba Pedro. La claridad de la luna no le había permitido cruzar el río. Debíamos tenerlo escondido. Llegó la Nochebuena y, a puertas cerradas, hicimos la tradicional cena junto con toda la familia Gachy-Faustina y la familia Santos, compuesta ésta por sus hijas Maite y Lolita. Vivían en el piso superior del restaurant, exiliados y procedentes de Madrid. Antes de finalizar el año, Pedro logró cruzar el Bidasoa y fue transferido por conductos franceses hasta África. Meses después se enroló, como civil, en las fuerzas aliadas comandadas por el general Leclerc. Poco duraría con vida, su organismo estaba débil tras las penurias por las que tuvo que pasar. Fue internado en una clínica con gastos pagados por la Delegación Vasca, y enterrado poco tiempo después en el cementerio de Bayona, donde tanto amigos reposan fuera del lugar que les vio nacer.

En el transcurso de los años 1942-44 fue notoriamente concurrido el Restaurant Gachy: exiliados españoles; marinos provenientes de los barcos con mineral de hierro; jugadores locales de rugby, como los provenientes de otros equipos nacionales en algún evento deportivo que se celebraba en Bayona. Entre toda esta clientela solían llegar un grupo de seis sargentos de la anexionada Austria. Solían traer consigo algún que otro instrumento de música, llevaban buenos licores y cantaban aires de su tierra. En su trato se hacían simpáticos y pronto se creó entre todos un clima de cierta confianza. En vísperas de una Navidad, se despidieron de todos los concurrentes con sus ojos empañados por las lágrimas. Comenzaba para ellos la guerra, al ser enviados al frente ruso, donde Alemania se encontraba en franca retirada. Uno de ellos, llamado Roberts, me entregó una fotografía, me franquéé con él diciéndole: «Roberts, a la primera ocasión, ¡huye, o entrégate!». Para esas fechas ya sabían que éramos excombatientes de la República Española.

Poco sabíamos de la actividad de nuestro buen amigo René Gachy, simpatizante del pueblo español en su lucha por la libertad. El Restaurant servía de tránsito hacia España para gente de la resistencia francesa. Un día me enteré que la decena de personas que comían silenciosamente eran pilotos aliados derribados en acción.

También empezaron a ser asiduos comensales una pareja de monitores de educación física. El, dicharachero parlanchín, pronto me birló a la sobrina de nuestro amigo Pedro. Bajo la tapadera de su profesión, servían también en la Resistencia.

Esta pareja de monitores, por exigencias de su peligrosa tarea, fueron trasladados a otro lugar. Supe del trágico final de sus vidas a través de Quinti García, exiliada desde los días de la ocupación de Santander, tras la que fue evacuada a Labouheyre. Quinti fue operaria de la industria de accesorios eléctricos en Rentería, en la llamada zona de Pekín. La joven monitora, Luseta Monro, era de Labouheyre, fue torturada por la temible Gestapo y fusilada a los 23 años. De su acompañante nunca más se supo.

Habíamos dejado atrás San Juan de Luz; era un día primaveral del año 1942. Poco tiempo antes, habíamos despedido del tren que nos trasladó desde Bayona a esta población marinera, que fue asiento de infinitos de exiliados españoles en diferentes épocas de la larga historia de España.

Conmigo venían mi hermano Tomás y Pedro Torralba «el francés», vecino de Rentería. Frente a nosotros teníamos los montes que circundan la cima de La Rhune, renombrado lugar y balcón natural desde donde se contemplan las bellezas de la Cordillera Pirenaica.

Arriba teníamos una cita, que fue concertada por medio de compañeros marinos que transportaban mineral de hierro desde el puerto de Bilbao a Bayona, mineral que era utilizado en la construcción de maquinaria de guerra alemana.

Estábamos deseosos de poder abrazar a nuestro padre (3), al que no veíamos desde el verano del 37, en el que fue hecho preso en su pueblo natal tras eludir los controles «nacionales» de Santander. Condenado a 30 años, salió en libertad condicionada tras cumplir tres años de prisión; esto no le impidió arriesgarse y hacer compañía a nuestras hermanas y



Motivo vasco, hecho con arcilla y otros materiales. Patética obra en un adiós a la madre patria. (En esta fotografía, con una cruz sobre la cabeza Jacinto Pérez).



Fotografías inéditas, realizadas por fotógrafos llegados de Noruega para reportajes que posiblemente no salieron al público por la invasión nazi en la 2ª Guerra Mundial. Copias que tuvieron a bien enviarme a Gurs.

El monumento, obra hecha por mí, no así la estrella que lo complementa, que fué obra de los comunistas.

primas. Para llegar a la cima tomamos un funicular. Son las nueve de la mañana cuando abordamos los vagones, con nosotros habían montado unos excursionistas. Como se sabe, en la cima de La Rhune hay unos mojones que dividen los dos países; al llegar, podemos constatar la presencia de los nuestros, que acuden para abrazarnos con efusión. Era un domingo de suerte, no veíamos ni carabineros ni alemanes que nos pudiesen controlar. Junto a mi padre, se encontraban mis primas Carmen y María y mi hermana Teófila.

Junto con la hermana de Pedro había llegado Marichu García, amiga de nuestra infancia, vecina del callejón de Morronguilleta. Marichu se encontraba exiliada en Francia antes del cierre del puente divisorio de Hendaya. Se instaló en San Juan de Luz en casa de una tía residente. En el momento de la ocupación alemana, optó por regresar a Rentería. Había venido hacia nosotros con el propósito de que, este mismo día, la llevásemos a San Juan de Luz, pues su situación se hacía insostenible en Rentería. Nos conmovió su delgadez y su baja moral. Le hicimos comprender que existía un riesgo. Lo dejamos para un mes más tarde y, con nuestra palabra empeñada, nos despedimos para verlos bajar por el marcado sendero. Días después, y por los marinos, supimos que nuestro padre fue retenido dos días en el control de Vera.

Se sucedían los días y había llegado el momento de llevar a cabo lo prometido a nuestra amiga Marichu. Un marinero nos sirvió de enlace para concretar la fecha. Llegamos a la estación del funicular y observamos que no está presente, a pesar de haber llegado con suficiente tiempo. No nos quedaba otro remedio que ascender por las traviesas del carril. A mitad del trayecto, nos encontramos con un pequeño grupo de excursionistas que, al igual que nosotros, se vieron sorprendidos de que los vagones saliesen antes de la hora. Estos jóvenes excursionistas portaban un acordeón, tras unas cortas palabras nos alejamos. A la vista salta el por qué de la intempestiva salida del funicular; una decena de altos oficiales alemanes, provistos de cámaras fotográficas y prismáticos, se encontraban absortos contemplando el paisaje, y al otro lado de los mojones divisorios una pareja de carabineros españoles.

Ya hemos sido vistos por nuestros familiares, que no osaron acercarse a nosotros, mas tras una breve vacilación, y como si no nos conociéramos, fuimos hacia el lugar donde estaban. Sin efusión alguna, entablamos conversación, mientras observamos que el grupo de jóvenes forma corro y comienzan a bailar a lo suelto, ésto dió lugar para que los alemanes comenzasen a disparar sus cámaras. Creí que había llegado el momento propicio para encontrar una salida a

nuestra empresa. Hablé con Marichu y le propuse salir a bailar la próxima vez. Llegado el momento, y con la sonrisa en los labios, nos hicimos sitio entre los alegres franceses, para evolucionar y girar con brío al compás del acordeón. Parecía que había hecho efecto entre los arrogantes y vistosos uniformados, que aplaudían con entusiasmo. El de más alta jerarquía (por sus condecoraciones y Cruz de Hierro colgando en su pecho) se dirigió hacia nosotros y muy cortesmente nos comenzó a hablar, en un casi perfecto francés, sobre las danzas ejecutadas. Rápidamente le dimos a entender, en un vacilante y chapurreado francés, que éramos españoles de la zona de San Sebastián, indicándole, al mismo tiempo, el monte Iguelde, el cual emerge sobre la calima que se forma sobre la bahía de la Concha a esas horas del mediodía. En nuestra charla, dijo conocer San Sebastián, la cual había visitado ya varias veces. Le estábamos dando cuerda, mientras nuestros familiares observaban la conversación, adelantándome a decirle que trabajo para la Kriegsmarine en los astilleros de la desembocadura del Adour.

La conversación quedó interrumpida. Un oficial se acercó y con marcial saludo se dirigió en alemán a nuestro interlocutor, el cual con un breve movimiento de su mano hacia su visera, se despidió de nosotros.

Llevamos la impresión de que con ese coloquio podíamos salir favorecidos. Me acerqué al grupo formado por Tomás, mi hermana y demás acompañantes; en breves palabras les hice saber a Tomás y a Pedro que tengo la impresión de que los oficiales alemanes van a emprender el descenso en el funicular, por lo que debíamos decir con naturalidad adiós a la familia y que reemprendan pocos minutos después el regreso. Les vimos partir sendero abajo, sin ser interceptados por los carabineros españoles.

Había llegado el momento de la verdad; nos encontrábamos en territorio francés. Nos montamos en el vagón del funicular donde habían tomado asiento los excursionistas franceses. Pedro, en su correcto francés, les sugirió que tocaran el acordeón, tras unos segundos de indecisión el joven lanzó fragmentos de canciones populares, que fueron coreadas por todos nosotros.

Parecía que todo se estaba desarrollando sin contratiempos. Cuando pusimos el pie en el andén de la estación, vimos el inminente peligro ante la presencia de una pareja de gendarmes franceses. Nos introducimos en el Bar Restaurant que estaba en las cercanías, pedimos una botella de vino y nos sentamos en el comedor. Desde la ventana vimos la llegada de los uniformados, que nos hicieron recordar los mo-

mentos difíciles del éxodo a Francia dentro de los campos de concentración (en mi caso, en el de Argeles-Sur-Mer y más tarde en Gurs).

A la entrada de éstos, no esperamos más, salimos por la puerta y cruzando la carretera nos lanzamos ladera abajo, para dirigirnos a San Juan de Luz con las precauciones necesarias.

Llegó el feliz día de la victoria. Esperanzados recibimos la proclama del general Eisenhower del día 6 de junio de 1944. Decía a los españoles combatientes que: *«aunque el asalto inicial no se ha efectuado en vuestro país, la hora de vuestra liberación se acerca»*. Al final, vanas palabras.

En junio del año 1948, tenía yo opciones para emigrar a Chile, México, Guatemala o Venezuela, opté por esta última nación. Mis hermanos pasaban momentos difíciles en la España de Franco.

Años más tarde encontré a Marichu en Caracas, casada con el eibarrés Valentín Oruña, se dedicaban al cultivo de arroz en la Colonia Agrícola de Turén.

Hoy, estas parcelas son el orgullo del estado venezolano, donde cientos de familias desarraigadas de la Europa postbélica buscaron asiento, intentando olvidar el infierno desatado por las apetencias personales y fanáticas de quienes decían ser los salvadores del mundo occidental.

Estas crónicas son parte de la historia de mi vida. Unas venturosas, otras imprevisibles, duro trabajo. Entre todo esto, mi añoranza por el pueblo de mi infancia, pueblo bucólico de cañaverales y alamedas frondosas y un río de límpidas aguas, las cuales invitaban a bañarse en las márgenes de la Fandería, calurosos veranos, paseos otoñales. Todo terminó cuando las pasiones prepotentes de vasallaje nos lanzaron los unos contra los otros, para concluir en un mundo confrontado durante la Segunda Guerra Mundial.

(1) Mi hermano murió el 28 de mayo de 1937 a consecuencia de heridas mortales en el frente de Amurrio.

(2) Entre los que pasaron por el Restaurant Gachy figuran Jesús Ubierna, su hermano Joaquín (que fue de niño llevado a Rusia), los hermanos Agustín y Leopoldo Oreja, los hermanos Leso, Zabalegui, Iglesias, J. Trujillo y el paisaitarra Gonzalo.

(3) Mi progenitor, Roque Pérez Fernández, popular vecino de Rentería, activo comerciante en toda clase de negocios. Nombrado concejal a dedo en la Corporación Municipal en los comienzos de la Dictadura de Primo de Rivera, en el año 1923.